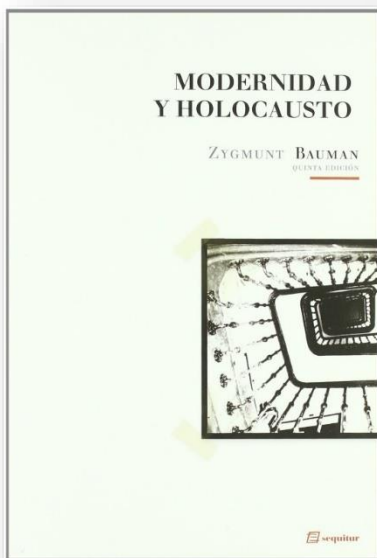


El Holocausto: un indicador en la era de la Modernidad

Reseña de *Modernidad y Holocausto* de Zygmunt Bauman

RAÚL BASAS BOYA



En su discurso de recepción del Premio Amalfi, pronunciado el 24 de mayo de 1990, Zygmunt Bauman atribuyó el origen de este libro, en primer lugar, a la “experiencia europea compartida” que supone su propia trayectoria vital; en segundo lugar, al conocimiento del Holocausto que alcanzó a través de la experiencia personal de su compañera Janina Lewinson; y, en tercer lugar y principalmente, al mensaje que la terrible tragedia del Holocausto contiene respecto a la cara oculta de nuestro “confiado, próspero y feliz”¹ mundo moderno.

Considera el autor que existe una insuficiencia en las respuestas que la sociología ha dado respecto a las cuestiones que plantea el Holocausto. Asimismo define el régimen nazi como un “ejercicio grandioso de ingeniería social” que pretende la “propagación de un linaje sano por medio de la selección sistemática y la eliminación de elementos enfermizos”², fundamentado en el racismo y llevado a la práctica en el marco de un estado con un poder absoluto sobre sus ciudadanos, que aspira a garantizar la supervivencia y el futuro de su pueblo gracias a la aplicación de tres elementos clave aportados por la civilización moderna: la tecnología industrial, la burocracia y la organización jerárquica, y la ambición de diseñar el mundo y dominar la naturaleza propia de la modernidad.

Es frecuente dar con análisis y conclusiones respecto al Holocausto que lo explican como el punto culminante del antisemitismo europeo. En otras ocasiones se habla de él como un caso extremo de la serie de acontecimientos brutales que jalonan la historia de la Humanidad. El triunfo de la barbarie, de las fuerzas premodernas e irracionales que el proceso civilizatorio había logrado controlar o eliminar y que emergieron sin control en ese lugar y momento históricos. Estas valoraciones que lo limitan a un lugar y un momento concreto, que lo estudian como una tragedia judía o que lo conciben como el triunfo de la barbarie, proporcionan el consuelo de la auto exculpación, refutan el mito

etiológico del proceso civilizatorio, y desactivan y *domesticar* su mensaje, impidiendo que el análisis de las condiciones que lo hicieron posible pase de esa marginalidad a la teoría sociológica de nuestra época. El Holocausto no es un cuadro que contemplar, sino una ventana a la que asomarnos.

Para el sociólogo polaco, tras el triple desastre (incendio, terremoto y tsunami) que arrasó Lisboa en 1755, el hombre, siguiendo los preceptos de la Ilustración, decide tomar las riendas de la naturaleza y del mundo³. El mundo moderno, la Modernidad, se definirá por su carácter activista hacia la naturaleza y hacia sí mismo. La naturaleza, pero también “la existencia humana, se convierten en objeto de planificación y gerencia”⁴.

En este proyecto racial de ingeniería social es frecuente encontrar en la retórica nazi términos procedentes de la medicina, la biología o la jardinería, tales como *putrefacción*, *infección* o *malas hierbas*, para referirse a los elementos indeseables que no tienen cabida en el proyecto social del III Reich. Este léxico es utilizado tanto por los ideólogos del Nacionalsocialismo como también por los dirigentes del régimen que los emplean de forma encendida en sus discursos. Será la ciencia y, especialmente, la biología, la que aporte el lenguaje técnico y preciso que el proyecto de limpieza étnica requiere. El racismo, que ha adquirido el rango de doctrina con fundamento científico, según Peter Fritzsche⁵, será la base de esta ingeniería social que necesitará de una dirección, una organización y expertos que la gestionen.

La misión de crear una Alemania *judenrein*, limpia de judíos, se encomendará a la burocracia. La burocracia formulará una definición precisa del objeto, registrará a todos los que se ajustan a dicha definición y abrirá un expediente a cada uno de ellos. Se considera que hacia 1938 la política de *arianización* se había completado en gran medida. El éxito obtenido en la limpieza de Alemania permitirá que esta burocracia pueda plantearse objetivos más ambiciosos cuyo abordaje resultará ya natural, como la *Endlösung* o Solución Final. La eficiencia en la ejecución y consecución de los objetivos se basará en dos elementos fundamentales para el modelo de acción. Por un lado, la meticulosa división funcional del trabajo, la atomización de los procesos y la división jerárquica producen un alejamiento práctico y mental que permite tomar distancia respecto al producto y sus efectos. Los resultados, finalmente, se expresarán con el lenguaje de la estadística. Por otro, la sustitución de la responsabilidad moral por la responsabilidad técnica, lo que Z. Bauman denomina “adiaforización de la sociedad”, expresión que utiliza para referirse a una sociedad en la que el comportamiento moral se ha neutralizado y desregulado. Puesto que la moralidad no puede racionalizarse ni medirse, y tampoco produce el éxito ni asegura la supervivencia: serán los objetivos, el interés y, en última instancia, la ley los que regulen el comportamiento.

Pero para Zygmunt Bauman lo que resulta verdaderamente aterrador respecto al Holocausto es la colaboración de las propias víctimas en el éxito técnico de la empresa, colaboración sin la cual, tanto para el autor polaco como para otros autores, como Hannah Arendt, el Holocausto no habría alcanzado los niveles de eficiencia y ahorro de costes y recursos que obtuvo gracias a la participación de las víctimas en el proyecto. Para obtener esta colaboración activa se siguieron unos esquemas de acción racional según los

paradigmas de la sociedad moderna. El éxito de los opresores dependerá de que las víctimas encuentren argumentos racionales para esta cooperación, y de inducir en ellas comportamientos indispensables para los fines, pero totalmente ajenos a sus intereses vitales.

Las Leyes de Nuremberg en 1935 daban carta legal a la discriminación de los judíos dentro de la sociedad del III Reich, pero al mismo tiempo otorgaban beneficios a aquellos judíos que demostraran haber participado y haber sido heridos en la I Guerra Mundial. La carrera por alcanzar estos beneficios suponía *de facto* una aceptación de la nueva norma.

Tras la segregación física, los nazis mantuvieron los Consejos Judíos como órganos de gobierno de los *ghettos* que eran responsables de comunicar y hacer respetar las normas del III Reich sobre cuya jurisdicción no tenían ninguna capacidad de influencia. Además, eran también los gestores y ejecutores de las órdenes en el seno de propio *ghetto*: la recaudación de bienes y propiedades, la exhortación a la mejora de la productividad en las actividades industriales e incluso la elaboración de listas de individuos para enviar a los campos de exterminio. Estas decisiones respondían a una exigencia de conducta racional como demostrar la utilidad de la raza judía en el proyecto de sociedad industrial nazi o evitar daños mayores en la elaboración de las listas. La concesión de premios a aquellos individuos con una actitud ejemplar desde la perspectiva nazi o la lucha por la propia conservación llevaron a una carrera por ocupar esas funciones privilegiadas y a una individualización de la estrategia de supervivencia. Pero en este círculo diabólico el destino final de todos ellos ya estaba decidido de antemano.

Bauman se pregunta qué hubiera pasado si Alemania no hubiese sido derrotada y si, en ese caso, hubiera tenido sentimientos de culpa cualquiera de los acusados. En los juicios posteriores a la guerra, los acusados lo eran por haber cometido crímenes legalizados por el Estado. Ninguno de ellos fue capaz de discernir el bien del mal. Fueron muy pocos, en realidad, los que tuvieron la osadía de confiar únicamente en su propio criterio moral y actuar en consecuencia.

El mensaje del Holocausto es una llamada a reflexionar “sobre la forma en que vivimos, las normas que aceptamos, los valores que rigen nuestras acciones, la calidad de nuestras instituciones, los objetivos de nuestras sociedades u organizaciones”⁶. Asomarnos a la ventana del Holocausto y analizar su fundamento teórico, sus objetivos y sus mecanismos de gestión puede darnos una idea muy valiosa para interpretar y poder afrontar los retos del mundo de hoy.

Notas

1. BAUMAN, Zygmunt: *Modernidad y Holocausto*, Madrid, Sequitur, 2019, p. 242.
2. *Op. cit.*, p. 91.
3. BAUMAN, Zygmunt: *Vivir en tiempos turbulentos. Conversaciones con Peter Haffner*, Barcelona, Tusquets, 2021, pp. 150-151.

4. BAUMAN, Zygmunt: *Modernidad y Holocausto*, *op. cit.*, p. 95.
5. FRITZSCHE, Peter: *Vida y muerte en el Tercer Reich*, Barcelona, Crítica, 2009, p. 86.
6. BAUMAN, Zygmunt: *Modernidad y Holocausto*, *op. cit.*, p. 17.